

Bergman es un hombre de teatro: entre film y film, cuando tiene tiempo, vuelve a él para dirigir obras que, cuando no son suyas son de Molière o de Goethe, de Strindberg o de Camus. Como buen hijo de un pastor, Bergman es, ante todo, un moralista. En lo que respecta al cine, no es un innovador. Consiguió convertirse en casi el explorador exclusivo de dos temas, el tratamiento de los cuales hace que, a quien se atreva a explorar esos tugurios, se le pueda hacer acreedor del mote de "bergmaniano": el desconcierto de la juventud y la vida de la pareja.

En *Noche de circo* (1953) analiza minuciosamente la decadencia de una pareja en un ambiente sórdido. En *El séptimo sello* (1956) echa mano a lo fantástico, uniendo con maestría poesía y filosofía.

Pocos directores de cine poseen tantos fieles adeptos, para quienes sus films son como los Evangelios, y tantos detractores fundamentalistas que detestan su morosidad y la grandilocuencia con que trata sus temas.

Pero lo cierto es que el cine no es un oficio: es un arte. No es un trabajo de equipo: siempre se está solo, y da lo mismo si es en un estudio de filmación o ante una página en blanco. Cuando Bergman está solo, formula preguntas. Y haciendo films es como responde a ellas.

Bergman es "el cineasta del instante". Todos sus films surgen de una reflexión de los personajes por el instante presente, reflexión profundizada por una especie de "descuartizamiento de la duración", un poco a la manera de Proust, pero con mucha más fuerza, como si se multiplicara a Proust por Joyce y Rousseau, convirtiéndose finalmente en una gigantesca meditación a partir de lo instantáneo. Para Jean-Luc Godard, "un film de Ingmar Bergman es, si se quiere, un venticuatroavo de segundo que se transforma y prolonga durante una hora y media. Es el mundo del espacio que media entre dos parpadeos, la tristeza entre dos latidos de corazón, la alegría de vivir entre dos aplausos".

Bergman

POR INGMAR BERGMAN

Los festejos de

HASTA QUE EN 1987 BERGMAN PUBLICÓ SUS MEMORIAS, ERAN POCOS LOS QUE SABÍAN ALGO DE SU JUVENIL SIMPATÍA POR EL FÜHRER. UNA SIMPATÍA QUE PRONTO SE VOLVIÓ REPULSIÓN, AL TOMAR CONCIENCIA DE LAS ATROCIDADES COMETIDAS DURANTE LA GUERRA CONTRA LOS JUDÍOS.

El verano en que cumplí dieciséis años me mandaron a Alemania como *Austauschkind*, es decir, en un intercambio. Eso significaba que estaría seis semanas viviendo en casa de una familia alemana con un muchacho de mi edad. Cuando él tuviera vacaciones, me acompañaría a Suecia para quedarse con nosotros otras seis semanas.

Fui a caer en casa de un pastor en Thüringen, en un pueblecito llamado Haina a medio camino entre Weimar y Eisenach. El pueblo estaba en un valle, rodeado de una próspera comarca. Por entre las casas serpenteaba un riachuelo, perezoso y turbio. En el pueblo había una iglesia demasiado grande, una plaza con un monumento a los caídos en campaña y una estación de autobuses.

La familia era grande: seis hijos y tres hijas, el pastor y su mujer y una parienta mayor que era diaconisa. Esta señora era bigotuda, sudaba a mares y gobernaba la familia con mano férrea. El padre de familia era un hombre delgado con barba de chivo y ojos azules de expresión simpática; llevaba tapones de algodón en los oídos y una boina negra calada hasta los ojos. Había leído mucho y le gustaba la música, tocaba varios instrumentos y cantaba con suave voz de tenor. Su esposa era gruesa, ajada y sumisa, se pasaba la vida en la cocina y me palmeaba tímidamente las mejillas. Tal vez trataba de disculparse por la pobreza de la casa.

Hannes, mi compañero, parecía salido de una revista de propaganda nacionalsocialista: rubio, alto y de ojos azules, con una sonrisa sana, orejas muy pequeñas y un principio de barba. Nos esforzábamos mutuamente por comprendernos, pero no era fácil. Mi alemán era el resultado de los estudios de idiomas de aquella época, basados en memorizar la gramática: el que un idioma pudiera hablarse no formaba parte del plan de estudios.

Los días se hacían tediosos. A las siete desaparecían los hijos de la casa camino de la escuela y yo me quedaba solo con los mayores. Leía, andaba sin rumbo y echaba de menos mi ambiente. Preferentemente permanecía en el despacho del pastor o iba con él a hacer visitas por las casas. Se desplazaba en un anticuado carricoche que tenía una capota alta; los caminos estaban polvorientos en la quietud canicular y por todas partes desfilaban orondos gansos enfurecidos.

Le pregunté al pastor si debía levantar la mano y decir *"Heil Hitler"* como todos los demás. El contestó: *"Lieber Ingmar, das wird als mehr als eine Höflichkeit betrachtet"* [Mi querido Ingmar, todos lo considerarán como algo más que un gesto de cortesía]. Empecé a saludar brazo en alto y a decir *"Heil Hitler"*. Me producía un efecto raro.

Un día Hannes me propuso que lo acompañara a la escuela y siguiera la enseñanza en calidad de oyente. Puesto a elegir entre la peste y el cólera, me incliné por la escuela, que estaba en un pueblo más grande, a unos kilómetros de Haina por un camino que hacíamos en bicicleta. Me recibieron con desbordante cordialidad y me pusieron al lado de Hannes. El aula era espaciosa, vieja y se sentía un frío húmedo en ella, a pesar del calor veraniego que hacía fuera de las altas ventanas. Aunque era clase de *Religionskunde* [religión], el libro que estaba en los pupitres era el *Mein Kampf* de Hitler. El profesor leía en voz alta un periódico del Partido que se llamaba *Der Stürmer*. Recuerdo únicamente una frase que me resultó extraña. El profesor repetía una y otra vez con voz neutra: *"Von den Juden Vergiftet"* [envenenado por los judíos]. Luego pregunté de qué se trataba. Hannes me contestó riéndose: *"Ach Ingmar, das alles ist nicht für Ausländer"* [Oh, Ingmar, esas cosas no son para los extranjeros].

Los domingos la familia iba a misa solemne. El sermón del pastor era sorprendente. No hablaba basándose en los evangelios, sino en el *Mein Kampf*. Después de misa se tomaba café en el local de la parroquia. Muchos iban de uniforme y tuve múltiples ocasiones de saludar brazo en alto y de decir *"Heil Hitler"*.

Todos los jóvenes de la casa pertenecían a organizaciones, los chicos a *Hitlerjugend* y las chicas a *Bund Deutscher Mädel*. Por la tarde se hacía la instrucción con palas en lugar de fusiles, o deportes en el polideportivo. Por la noche nos daban conferencias ilustradas con películas o cantábamos y bailábamos. Apenas podíamos bañarnos en el río, el fondo estaba fangoso y el agua olía mal. Los paños de la menstruación de las chicas, hechos a ganchillo con grueso hilo de algodón, colgaban a secar en el primitivo lavadero, que no tenía agua caliente ni otras modernidades.

En Weimar se iba a celebrar el día del Partido con un desfile gigantesco encabezado por Hitler. En la rectoría reinaba una actividad febril lavando y planchando camisas, sacando brillo a botas y correajes. Los jóvenes salieron al amanecer. Yo iría con los mayores más tarde en el coche. La familia se envanecía un poco porque les habían dado entradas próximas a la tribuna de honor. Alguien dijo en broma que mi presencia podía ser la causa de tan ventajosa colocación.

Esa mañana tan ajetreada sonó el teléfono; era una llamada de casa. Oí muy lejos la voz sonora de tía Anna, a quien su incalculable riqueza le permitía hacer esta costosa llamada. Ni siquiera se daba prisa, tardó en llegar a la razón que la había hecho telefonear. Dijo que tenía una amiga que vivía en Weimar, que estaba casada con un director de banco, que se había enterado por mi madre de que yo estaba por allí cerca, que había llamado inmediatamente a su amiga para proponerle que fuera a verles. Tía Anna habló a continuación con el pastor en un correcto alemán, y luego retomó la conversación conmigo diciendo que se alegraba muchísimo de que yo conociera a su amiga y a sus preciosos hijos.

Llegamos a Weimar a las doce de la mañana. El desfile y el discurso de Hitler empezaban a las tres. La ciudad era un hervidero de excitación festiva, la gente, endomingada o de uniforme, paseaba por las calles. Por todas partes había orquestas tocando, las casas estaban cubiertas de guirnaldas de flores y de pancartas. Las campanas repicaban, tanto las severamente protestantes como las jubilosamente católicas. En una de las antiguas plazas se había instalado un gran parque de atracciones. En la Opera se anunciaba la obra de Wagner *Rienzi* en función de gala, seguida de fuegos artificiales.

La familia del pastor y yo fuimos colocados en las proximidades de la tribuna de honor. Mientras esperábamos bajo el sofocante sol de tormenta tomamos la cerveza y los bocadillos que la esposa del pastor había traído en el viaje en un grasiento paquete apretado contra sus opulentos pechos.

A las tres en punto se oyó cómo se acercaba algo que parecía un huracán. El sordo y estremecedor ruido se extendió por las calles rebotando contra los muros de las casas. Allá lejos, en la prolongación de la plaza, avanzaba lentamente un cortejo de coches negros descubiertos. El estruendo aumentó ahogando la tormenta que se había desencadenado, la lluvia caía como un telón transparente, los estampidos detonaban en el lugar de la fiesta.

Nadie se fijó en la tormenta, toda la atención, todo el embeleso, todo aquel éxtasis se concentraba en torno de un solo personaje. Iba de pie, inmóvil en el enorme coche negro que doblaba lentamente hacia la plaza. En ese momento se volvió y miró a la gente, que daba alaridos y lloraba como en trance. La lluvia le resbalaba por el rostro y el uniforme estaba oscurecido por la humedad. Se apeó despacio y se encaminó solo por la alfombra roja hacia la tribuna de honor. Sus acompañantes se mantuvieron a distancia.

Súbitamente se hizo el silencio, sólo se oía el chapoteo de la lluvia sobre los adoquines y las balaustradas. El Führer estaba hablando. Fue un discurso corto, yo no entendí mucho, pero la voz era a veces solemne, a veces burlona; los gestos, exactos y adecuados. Al terminar el discurso todos lanzaron su *Heil*, la tormenta cesó y la cálida luz se abrió paso entre formaciones de nubes de un negro azulado. Una enorme orquesta empezó a tocar y el desfile desembocó en la plaza por las calles adyacentes pasando ante la tribuna de honor para seguir luego por delante del teatro y la catedral. Yo no había visto jamás nada parecido a este estallido de fuerza incontenible. Grité como todos, alcé la mano como todos, rugí como todos, amé como todos.

Hannes me había explicado en nuestras conversaciones nocturnas la guerra de Abisinia, la importancia que tenía el que al fin Mussolini se ocupara de los pobres nativos que se arrastraban como siervos en la ignorancia y que les entregara con mano generosa la vieja cultura italiana. Me había dicho también que nosotros, allá en Escandinavia, no comprendíamos cómo los judíos habían explotado al pueblo alemán después de la caída del imperio. Me explicó que los alemanes estaban construyendo un bastión contra el comunismo, que los judíos saboteaban sistemáticamente este bastión y que todos teníamos que amar al hombre que había formado nuestro destino común y nos había fundido con firmeza en una sola voluntad, una sola fuerza, un solo pueblo.

El día de mi cumpleaños la familia me hizo un regalo. Era una fotografía de Hitler. Hannes la colgó encima de mi cama para que "tuviera siempre a ese hombre delante de mis ojos", para que aprendiera a amarle como le amaban Hannes y toda la familia Haid. Yo también le amé. Durante muchos años estuve de parte de Hitler, alegrándome de sus éxitos y lamentando sus derrotas.

Mi hermano fue uno de los fundadores y organizadores del partido nacionalsocialista sueco; mi padre votó varias veces por los nacionalsocialistas. Nuestro profesor de historia era un entusiasta de "la vieja Alemania", el profesor de gimnasia asistía todos los veranos a los encuentros de oficiales que se celebraban en Baviera, algunos de los pastores de la parroquia eran criptonazis, los amigos más próximos de la familia manifestaban gran simpatía por "la nueva Alemania".

"Nadie se fijó en la tormenta, toda la atención, todo el embeleso, todo aquel éxtasis se concentraba en torno de un solo personaje. Iba de pie, inmóvil en el enorme coche negro que doblaba lentamente hacia la plaza. En ese momento se volvió y miró a la gente, que daba alaridos y lloraba como en trance"

Cuando los testimonios de los campos de concentración se abatieron sobre mí, mi entendimiento no fue capaz, en un primer momento, de aceptar lo que veían mis ojos. Al igual que muchos otros, yo decía que las fotos estaban trucadas, que eran infundios propagandísticos. Al vencer, finalmente, la verdad a mi resistencia, fui presa de la desesperación, y el desprecio de mí mismo, que era ya una carga grave, se acentuó hasta rebasar el límite de lo soportable. No me di cuenta hasta mucho más tarde de que, a pesar de todo, yo era bastante inocente.

Sin defensa ni preparación alguna entré de cabeza como *Austauschkind* en una realidad resplandeciente de idealidad y de culto al heroísmo. Además caí, inerme, en manos de una agresividad que en mucho coincidía con la mía. El brillo exterior me deslumbró. No vi la oscuridad.

POR INGMAR BERGMAN

Los festejos de Weimar

HASTA QUE EN 1987 BERGMAN PUBLICÓ SUS MEMORIAS, ERAN POCOS LOS QUE SABÍAN ALGO DE SU JUVENIL SIMPATÍA POR EL FÜHRER. UNA SIMPATÍA QUE PRONTO SE VOLVIÓ REPULSIÓN, AL TOMAR CONCIENCIA DE LAS ATROCIDADES COMETIDAS DURANTE LA GUERRA CONTRA LOS JUDÍOS.

El verano en que cumplí dieciséis años me mandaron a Alemania como *Austauschkind*, es decir, en un intercambio. Eso significaba que estaría seis semanas viviendo en casa de una familia alemana con un muchacho de mi edad. Cuando él tuviera vacaciones, me acompañaría a Suecia para quedarse con nosotros otras seis semanas.

Fui a caer en casa de un pastor en Thüringen, en un pueblecito llamado Haina a medio camino entre Weimar y Eisenach. El pueblo estaba en un valle, rodeado de una próspera comarca. Por entre las casas serpenteaba un riachuelo, perezoso y turbio. En el pueblo había una iglesia demasiado grande, una plaza con un monumento a los caídos en campaña y una estación de autobuses.

La familia era grande: seis hijos y tres hijas, el pastor y su mujer y una parienta mayor que era diaconisa. Esta señora era bigotuda, sudaba a mares y gobernaba la familia con mano férrea. El padre de familia era un hombre delgado con barba de chivo y ojos azules de expresión simpática; llevaba tapones de algodón en los oídos y una boina negra calada hasta los ojos. Había leído mucho y le gustaba la música, tocaba varios instrumentos y cantaba con suave voz de tenor. Su esposa era gruesa, ajada y sumisa, se pasaba la vida en la cocina y me palmeaba tímidamente las mejillas. Tal vez trataba de disculparse por la pobreza de la casa.

Hannes, mi compañero, parecía salido de una revista de propaganda nacionalsocialista: rubio, alto y de ojos azules, con una sonrisa sana, orejas muy pequeñas y un principio de barba. Nos esforzábamos mutuamente por comprendernos, pero no era fácil. Mi alemán era el resultado de los estudios de idiomas de aquella época, basados en memorizar la gramática: el que un idioma pudiera hablarse no formaba parte del plan de estudios.

Los días se hacían tediosos. A las siete desaparecían los hijos de la casa camino de la escuela y yo me quedaba solo con los mayores. Leía, andaba sin rumbo y echaba de menos mi ambiente. Preferentemente permanecía en el despacho del pastor o iba con él a hacer visitas por las casas. Se desplazaba en un anticuado carricoche que tenía una capota alta; los caminos estaban polvorientos en la quietud canicular y por todas partes desfilaban orondos gansos enfurecidos.

Le pregunté al pastor si debía levantar la mano y decir *"Heil Hitler"* como todos los demás. El contestó: *"Lieber Ingmar, das wird als mehr als eine Höflichkeit betrachtet"* [Mi querido Ingmar, todos lo considerarán como algo más que un gesto de cortesía]. Empecé a saludar brazo en alto y a decir *"Heil Hitler"*. Me producía un efecto raro.

Un día Hannes me propuso que lo acompañara a la escuela y siguiera la enseñanza en calidad de oyente. Puesto a elegir entre la peste y el cólera, me incliné por la escuela, que estaba en un pueblo más grande, a unos kilómetros de Haina por un camino que hacíamos en bicicleta. Me recibieron con desbordante cordialidad y me pusieron al lado de Hannes. El aula era espaciosa, vieja y se sentía un frío húmedo en ella, a pesar del calor veraniego que hacía fuera de las altas ventanas. Aunque era clase de *Religionskunde* [religión], el libro que estaba en los pupitres era el *Mein Kampf* de Hitler. El profesor leía en voz alta un periódico del Partido que se llamaba *Der Stürmer*. Recuerdo únicamente una frase que me resultó extraña. El profesor repetía una y otra vez con voz neutra: *"Von den Juden Vergiftet"* [envenenado por los judíos]. Luego pregunté de qué se trataba. Hannes me contestó riéndose: *"Ach Ingmar, das alles ist nicht für Ausländer"* [Oh, Ingmar, esas cosas no son para los extranjeros].

Los domingos la familia iba a misa solemne. El sermón del pastor era sorprendente. No hablaba basándose en los evangelios, sino en el *Mein Kampf*. Después de misa se tomaba café en el local de la parroquia. Muchos iban de uniforme y tuve múltiples ocasiones de saludar brazo en alto y de decir *"Heil Hitler"*.

Todos los jóvenes de la casa pertenecían a organizaciones, los chicos a *Hitlerjugend* y las chicas a *Bund Deutscher Mädel*. Por la tarde se hacía la instrucción con palas en lugar de fusiles, o deportes en el polideportivo. Por la noche nos daban conferencias ilustradas con películas o cantábamos y bailábamos. Apenas podíamos bañarnos en el río, el fondo estaba fangoso y el agua olía mal. Los paños de la menstruación de las chicas, hechos a ganchillo con grueso hilo de algodón, colgaban a secar en el primitivo lavadero, que no tenía agua caliente ni otras modernidades.

En Weimar se iba a celebrar el día del Partido con un desfile gigantesco encabezado por Hitler. En la rectoría reinaba una actividad febril lavando y planchando camisas, sacando brillo a botas y correajes. Los jóvenes salieron al amanecer. Yo iría con los mayores más tarde en el coche. La familia se envanecía un poco porque les habían dado entradas próximas a la tribuna de honor. Alguien dijo en broma que mi presencia podía ser la causa de tan ventajosa colocación.

Esa mañana tan ajetreada sonó el teléfono; era una llamada de casa. Oí muy lejos la voz sonora de tía Anna, a quien su incalculable riqueza le permitía hacer esta costosa llamada. Ni siquiera se daba prisa, tardó en llegar a la razón que la había hecho telefonear. Dijo que tenía una amiga que vivía en Weimar, que estaba casada con un director de banco, que se había enterado por mi madre de que yo estaba por allí cerca, que había llamado inmediatamente a su amiga para proponerle que fuera a verles. Tía Anna habló a continuación con el pastor en un correcto alemán, y luego retomó la conversación conmigo diciendo que se alegraba muchísimo de que yo conociera a su amiga y a sus preciosos hijos.

Llegamos a Weimar a las doce de la mañana. El desfile y el discurso de Hitler empezaban a las tres. La ciudad era un hervidero de excitación festiva, la gente, endomingada o de uniforme, paseaba por las calles. Por todas partes había orquestas tocando, las casas estaban cubiertas de guirnaldas de flores y de pancartas. Las campanas repicaban, tanto las severamente protestantes como las jubilosamente católicas. En una de las antiguas plazas se había instalado un gran parque de atracciones. En la Opera se anunciaba la obra de Wagner *Rienzi* en función de gala, seguida de fuegos artificiales.

La familia del pastor y yo fuimos colocados en las proximidades de la tribuna de honor. Mientras esperábamos bajo el sofocante sol de tormenta tomamos la cerveza y los bocadillos que la esposa del pastor había traído en el viaje en un grasiento paquete apretado contra sus opulentos pechos.

A las tres en punto se oyó cómo se acercaba algo que parecía un huracán. El sordo y estremecedor ruido se extendió por las calles rebotando contra los muros de las casas. Allá lejos, en la prolongación de la plaza, avanzaba lentamente un cortejo de coches negros descubiertos. El estruendo aumentó ahogando la tormenta que se había desencadenado, la lluvia caía como un telón transparente, los estampidos detonaban en el lugar de la fiesta.

> "Nadie se fijó en la tormenta, toda la atención, todo el embeleso, todo aquel éxtasis se concentraba en torno de un solo personaje. Iba de pie, inmóvil en el enorme coche negro que doblaba lentamente hacia la plaza. En ese momento se volvió y miró a la gente, que daba alaridos y lloraba como en trance"

Nadie se fijó en la tormenta, toda la atención, todo el embeleso, todo aquel éxtasis se concentraba en torno de un solo personaje. Iba de pie, inmóvil en el enorme coche negro que doblaba lentamente hacia la plaza. En ese momento se volvió y miró a la gente, que daba alaridos y lloraba como en trance. La lluvia le resbalaba por el rostro y el uniforme estaba oscurecido por la humedad. Se apeó despacio y se encaminó solo por la alfombra roja hacia la tribuna de honor. Sus acompañantes se mantuvieron a distancia.

Súbitamente se hizo el silencio, sólo se oía el chapoteo de la lluvia sobre los adoquines y las balaustradas. El Führer estaba hablando. Fue un discurso corto, yo no entendí mucho, pero la voz era a veces solemne, a veces burlona; los gestos, exactos y adecuados. Al terminar el discurso todos lanzaron su *Heil*, la tormenta cesó y la cálida luz se abrió paso entre formaciones de nubes de un negro azulado. Una enorme orquesta empezó a tocar y el desfile desembocó en la plaza por las calles adyacentes pasando ante la tribuna de honor para seguir luego por delante del teatro y la catedral. Yo no había visto jamás nada parecido a este estallido de fuerza incontenible. Grité como todos, alcé la mano como todos, rugí como todos, amé como todos.

Hannes me había explicado en nuestras conversaciones nocturnas la guerra de Abisinia, la importancia que tenía el que al fin Mussolini se ocupara de los pobres nativos que se arrastraban como siervos en la ignorancia y que les entregara con mano generosa la vieja cultura italiana. Me había dicho también que nosotros, allá en Escandinavia, no comprendíamos cómo los judíos habían explotado al pueblo alemán después de la caída del imperio. Me explicó que los alemanes estaban construyendo un bastión contra el comunismo, que los judíos saboteaban sistemáticamente este bastión y que todos teníamos que amar al hombre que había formado nuestro destino común y nos había fundido con firmeza en una sola voluntad, una sola fuerza, un solo pueblo.

El día de mi cumpleaños la familia me hizo un regalo. Era una fotografía de Hitler. Hannes la colgó encima de mi cama para que "tuviera siempre a ese hombre delante de mis ojos", para que aprendiera a amarle como le amaban Hannes y toda la familia Haid. Yo también le amé. Durante muchos años estuve de parte de Hitler, alegrándome de sus éxitos y lamentando sus derrotas.

Mi hermano fue uno de los fundadores y organizadores del partido nacionalsocialista sueco; mi padre votó varias veces por los nacionalsocialistas. Nuestro profesor de historia era un entusiasta de "la vieja Alemania", el profesor de gimnasia asistía todos los veranos a los encuentros de oficiales que se celebraban en Baviera, algunos de los pastores de la parroquia eran criptonazis, los amigos más próximos de la familia manifestaban gran simpatía por "la nueva Alemania".

Cuando los testimonios de los campos de concentración se abatieron sobre mí, mi entendimiento no fue capaz, en un primer momento, de aceptar lo que veían mis ojos. Al igual que muchos otros, yo decía que las fotos estaban trucadas, que eran infundios propagandísticos. Al vencer, finalmente, la verdad a mi resistencia, fui presa de la desesperación, y el desprecio de mí mismo, que era ya una carga grave, se acentuó hasta rebasar el límite de lo soportable. No me di cuenta hasta mucho más tarde de que, a pesar de todo, yo era bastante inocente.

Sin defensa ni preparación alguna entré de cabeza como *Austauschkind* en una realidad resplandeciente de idealidad y de culto al heroísmo. Además caí, inerme, en manos de una agresividad que en mucho coincidía con la mía. El brillo exterior me deslumbró. No vi la oscuridad.

Cuando un año después de terminar la guerra empecé a trabajar en el Teatro Municipal de Gotemburgo, una profunda y sangrienta brecha dividía a los actores. Allí estaban, por un lado, los locutores de los noticieros UFA, los organizadores de una asociación de cine nacional modelo Goebbels y los incondicionales de siempre. Por el otro, los judíos, los partidarios del periodista antifascista Segerstedt, los actores que tenían amigos daneses y noruegos. Allí estaban todos comiendo los bocadillos que se habían llevado de casa y tomando el repugnante brebaje de la cantina. El odio era denso, podía cortarse con un cuchillo.

Cuando sonaba el timbre entraban en escena y hacían el mejor teatro de todo el país, se convertían en la compañía más compenetrada del país.

Yo me callé mis extravíos y mi desesperación. Una extraña decisión fue madurando poco a poco: ¡nunca más política! Obviamente hubiera debido decidir algo completamente distinto.

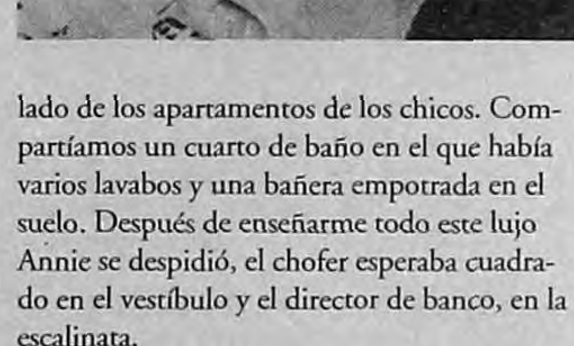
Los festejos de Weimar siguieron toda la tarde y toda la noche. El pastor me condujo al chalet del director de banco, un soberbio edificio *art nouveau* de mármol, rodeado de un fragante parque. La calle era tranquila y elegante y estaba flanqueada por edificios nobles. Subí por la amplia escalera y llamé al timbre; me abrió una doncella uniformada de negro, tocada con una cofia de encaje sobre el artístico peinado. Yo tartamudeé quién era y a qué iba, ella se echó a reír y me hizo pasar al vestíbulo.

La amiga de tía Anna era rubia, alta y de gran cordialidad natural. Se llamaba Annie, su madre era sueca y su padre norteamericano, hablaba sueco con acento extranjero y estaba ataviada con gran elegancia porque ella y su marido iban a asistir esa noche a la función de gala de la Opera. Me llevó al comedor de diario donde estaban tomando el té de la tarde con fiambres. En torno a la mesa, exquisitamente puesta, se sentaban las personas más hermosas que había visto en mi vida. El director de banco era un señor alto, moreno, con una barba muy cuidada y una expresión amablemente irónica tras las gafas. A su lado estaba la joven hija de la familia, se llamaba Clara y la llamaban Clärche, muy parecida a su padre, alta, morena, con la piel muy blanca, los ojos oscuros, casi negros y la boca pálida y carnosa. Era ligeramente bizca, lo que inexplicablemente aumentaba su encanto.

Sus hermanos eran mayores que ella, morenos también, pero con los ojos azules. Sus miembros eran largos y elegantes, llevaban chaquetas inglesas con el emblema de alguna universidad en el bolsillo del pecho.

Me hundí en una silla al lado de tía Annie, que me sirvió té y bocadillos. Por todas partes había cuadros, plata, alfombras mullidas sobre extensos suelos de parquet, columnas de mármol cubiertas de adornos, pesados cortinajes, puertas con dintel. En el comedor exterior brillaba una ventana de rosetón en la mortecina luz del atardecer.

Una vez terminado el refrigerio me llevaron a mi cuarto, que estaba en el segundo piso, al



lado de los apartamentos de los chicos. Compartíamos un cuarto de baño en el que había varios lavabos y una bañera empotrada en el suelo. Después de enseñarme todo este lujo Annie se despidió, el chofer esperaba cuadrado en el vestíbulo y el director de banco, en la escalinata.

Se presentó Clärchen con zapatos de tacón (que la hacían más alta que yo), un traje de gasa rojo oscuro y el pelo suelto cayéndole por la espalda. Se llevó un dedo a los labios en un jocoso gesto de misterio.

Me tomó de la mano y me llevó por un largo pasillo a una habitación que había en un torreón, al parecer sin usar, porque los muebles estaban enfundados y la araña de cristal que colgaba del techo, envuelta en tul. Unas cuantas luces encendidas se reflejaban en los grandes espejos de las paredes. Los hermanos de Clärchen ya estaban allí fumando aplastados cigarrillos turcos y bebiendo coñac. Sobre una mesita dorada había un gramófono portátil al que habían dado cuerda. David, el menor de los chicos, introdujo un par de medias en la bocina.

En el plato había un disco con la etiqueta azul de Telefunken. Al ponerse la aguja en el surco de la obertura de *La ópera de tres centavos* elevó de la negra caja sus ásperos, aunque amortiguados tonos. Después de las sarcásticas palabras del narrador explicando por qué *La ópera de tres centavos* se llamaba así, siguió la elegía sobre Macheath: *"Und Macheath der hat ein Messer doch das Messer sieht man nicht. Kanonen-song. Ballade vom angenehmen Leben"* [Y Macheath lleva un cuchillo, pero el cuchillo no se ve. La canción del cañón. Balada de la buena vida]. Y a continuación Jenny la del Pirata interpretada por Lotte Lenya: la voz herida, el tono altanero y desdeñoso y luego la dulzura y la chanza: *"Und wenn dann der Kopf fällt, sag ich: Hoppla!"* [Y luego cuando cae la cabeza yo digo: ¡Ya!].

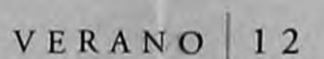
Un mundo desconocido y hasta entonces insospechado para mí: ¡angustia sin lágrimas, desesperación que ríe! *"Versuch es nur, von deinem Kopf lebt höchstens eine Laus"* [Inténtalo, en tu cabeza no puede vivir más de un piojo]. Seguía tomando coñac, fumando cigarrillos turcos y me empezaba a sentir un poco mal. ¿Por qué tanto secreto con el concierto nocturno: puerta cerrada, aguja de gramófono especial para la noche y medias en la bocina? *"Esta música está prohibida"*, dice Horst. "Brecht y Weill están prohibidos, hemos conseguido estos discos en Londres y nos los hemos traído de contrabando para que Clärchen los oyera."

Escoge el disco siguiente. La orquesta de Lewis Ruth retumba con el final de *Erstes Dreigroschenfinale: "Was ich möchte, ist es viel? Einmal in dem tristen Leben einem Mann mich hinzugeben. Ist das ein zu Hohes Ziel?"* [¿Es tanto lo que pido? Poder entregarme a un hombre una sola vez en esta triste vida. ¿Es una meta demasiado alta?]. El sonoro bajo sepulcral entra: *"Ein guter Mensch sein? Ja, wer wär's nicht gern"* [¿Ser un hombre bueno? ¿Quién no quisiera ser bueno?].

El penetrante y perfumado humo de los cigarrillos nos envuelve, la luna brilla sobre los árboles del parque. Clärchen tiene la cabeza medio vuelta, mira fijamente su rostro en el gran espejo que hay entre las ventanas, se tapa un ojo con la mano. David rellena mi vaso. El instante se rompe como una tenue membrana y yo floto sin ofrecer resistencia hacia el próximo instante que se rompe en el acto, y así una vez y otra.

Dreigroschenfinale: Und man siehet die in lichte, die im dunkeln sieht man nicht [Y se ve a los que están en la luz, pero a los que están en las tinieblas, a ésos no se les ve]. Yo no comprendía las palabras, no demasiadas, pero siempre, como un animal inteligente, he entendido los acentos. Y aquellos acentos los comprendía, iban cayendo en lo más profundo de mi conciencia para quedarse como parte de mí mismo.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LINTERNA MÁGICA*, POR INGMAR BERGMAN. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE TUSQUETS EDITORES.



Weimar

Cuando un año después de terminar la guerra empecé a trabajar en el Teatro Municipal de Gotemburgo, una profunda y sangrienta brecha dividía a los actores. Allí estaban, por un lado, los locutores de los noticieros UFA, los organizadores de una asociación de cine nacional modelo Goebbels y los incondicionales de siempre. Por el otro, los judíos, los partidarios del periodista antifascista Segerstedt, los actores que tenían amigos daneses y noruegos. Allí estaban todos comiendo los bocadillos que se habían llevado de casa y tomando el repugnante brebaje de la cantina. El odio era denso, podía cortarse con un cuchillo.

Cuando sonaba el timbre entraban en escena y hacían el mejor teatro de todo el país, se convertían en la compañía más compenetrada del país.

Yo me callé mis extravíos y mi desesperación. Una extraña decisión fue madurando poco a poco: ¡nunca más política! Obviamente hubiera debido decidir algo completamente distinto.



Los festejos de Weimar siguieron toda la tarde y toda la noche. El pastor me condujo al chalet del director de banco, un soberbio edificio *art nouveau* de mármol, rodeado de un fragante parque. La calle era tranquila y elegante y estaba flanqueada por edificios nobles. Subí por la amplia escalera y llamé al timbre; me abrió una doncella uniformada de negro, tocada con una cofia de encaje sobre el artístico peinado. Yo tartamudeé quién era y a qué iba, ella se echó a reír y me hizo pasar al vestíbulo.

La amiga de tía Anna era rubia, alta y de gran cordialidad natural. Se llamaba Annie, su madre era sueca y su padre norteamericano, hablaba sueco con acento extranjero y estaba ataviada con gran elegancia porque ella y su marido iban a asistir esa noche a la función de gala de la Ópera. Me llevó al comedor de diario donde estaban tomando el té de la tarde con fiambres. En torno a la mesa, exquisitamente puesta, se sentaban las personas más hermosas que había visto en mi vida. El director de banco era un señor alto, moreno, con una barba muy cuidada y una expresión amablemente irónica tras las gafas. A su lado estaba la joven hija de la familia, se llamaba Clara y la llamaban Clärche, muy parecida a su padre, alta, morena, con la piel muy blanca, los ojos oscuros, casi negros y la boca pálida y carnosa. Era ligeramente bizca, lo que inexplicablemente aumentaba su encanto.

Sus hermanos eran mayores que ella, morenos también, pero con los ojos azules. Sus miembros eran largos y elegantes, llevaban chaquetas inglesas con el emblema de alguna universidad en el bolsillo del pecho.

Me hundí en una silla al lado de tía Annie, que me sirvió té y bocadillos. Por todas partes había cuadros, plata, alfombras mullidas sobre extensos suelos de parquet, columnas de mármol cubiertas de adornos, pesados cortinajes, puertas con dintel. En el comedor exterior brillaba una ventana de rosetón en la mortecina luz del atardecer.

Una vez terminado el refrigerio me llevaron a mi cuarto, que estaba en el segundo piso, al lado de los apartamentos de los chicos. Compartíamos un cuarto de baño en el que había varios lavabos y una bañera empotrada en el suelo. Después de enseñarme todo este lujo Annie se despidió, el chofer esperaba cuadrado en el vestíbulo y el director de banco, en la escalinata.

Se presentó Clärchen con zapatos de tacón (que la hacían más alta que yo), un traje de gasa rojo oscuro y el pelo suelto cayéndole por la espalda. Se llevó un dedo a los labios en un jocoso gesto de misterio.

Me tomó de la mano y me llevó por un largo pasillo a una habitación que había en un torreón, al parecer sin usar, porque los muebles estaban enfundados y la araña de cristal que colgaba del techo, envuelta en tul. Unas cuantas luces encendidas se reflejaban en los grandes espejos de las paredes. Los hermanos de Clärchen ya estaban allí fumando aplastados cigarrillos turcos y bebiendo coñac. Sobre una mesita dorada había un gramófono portátil al que habían dado cuerda. David, el menor de los chicos, introdujo un par de medias en la bocina.

En el plato había un disco con la etiqueta azul de Telefunken. Al ponerse la aguja en el surco de la obertura de *La ópera de tres centavos* elevó de la negra caja sus ásperos, aunque amortiguados tonos. Después de las sarcásticas palabras del narrador explicando por qué *La ópera de tres centavos* se llamaba así, siguió la elegía sobre Macheath: *"Und Macheath der hat ein Messer doch das Messer sieht man nicht. Kanonen-song. Ballade vom angenehmen Leben"* [Y Macheath lleva un cuchillo, pero el cuchillo no se ve. La canción del cañón. Balada de la buena vida]. Y a continuación Jenny la del Pirata interpretada por Lotte Lenya: la voz herida, el tono altanero y desdeñoso y luego la dulzura y la chanza: *"Und wenn dann der Kopf fällt, sag ich: Hoppla!"* [Y luego cuando cae la cabeza yo digo: ¡Ya!].

Un mundo desconocido y hasta entonces insospechado para mí: ¡angustia sin lágrimas, desesperación que ríe! *"Versuch es nur, von deinem Kopf lebt höchstens eine Laus"* [Inténtalo, en tu cabeza no puede vivir más de un piojo]. Seguía tomando coñac, fumando cigarrillos turcos y me empezaba a sentir un poco mal. ¿Por qué tanto secreto con el concierto nocturno: puerta cerrada, aguja de gramófono especial para la noche y medias en la bocina? *"Esta música está prohibida"*, dice Horst. "Brecht y Weill están prohibidos, hemos conseguido estos discos en Londres y nos los hemos traído de contrabando para que Clärchen los oyera."

Escoge el disco siguiente. La orquesta de Lewis Ruth retumba con el final de *Erstes Dreigroschenfinale: "Was ich möchte, ist es viel? Einmal in dem tristen Leben einem Mann mich hinzugeben. Ist das ein zu Hobes Ziel?"* [¿Es tanto lo que pido? Poder entregarme a un hombre una sola vez en esta triste vida. ¿Es una meta demasiado alta?]. El sonoro bajo sepulcral entra: *"Ein guter Mensch sein? Ja, wer wär's nicht gern"* [¿Ser un hombre bueno? ¿Quién no quisiera ser bueno?].

El penetrante y perfumado humo de los cigarrillos nos envuelve, la luna brilla sobre los árboles del parque. Clärchen tiene la cabeza medio vuelta, mira fijamente su rostro en el gran espejo que hay entre las ventanas, se tapa un ojo con la mano. David rellena mi vaso. El instante se rompe como una tenue membrana y yo floto sin ofrecer resistencia hacia el próximo instante que se rompe en el acto, y así una vez y otra.

Dreigroschenfinale: Und man siehet die in lichte, die im dunkeln sieht man nicht [Y se ve a los que están en la luz, pero a los que están en las tinieblas, a ésos no se les ve]. Yo no comprendía las palabras, no demasiadas, pero siempre, como un animal inteligente, he entendido los acentos. Y aquellos acentos los comprendía, iban cayendo en lo más profundo de mi conciencia para quedarse como parte de mí mismo.

NOTICIAS BIOGRÁFICAS, SELECCIÓN DE TEXTOS Y FOTOS POR GUILLERMO PIRO. DE *LINTERNA MÁGICA*, POR INGMAR BERGMAN. SE REPRODUCE AQUÍ POR GENTILEZA DE TUSQUETS EDITORES.

Villa Gesell

TEMPORADA 2000

CASA DE LA CULTURA
PROGRAMACION
FEBRERO 2000
Avenida 3 y Paseo 109
Tel.: (02255) 46-2513

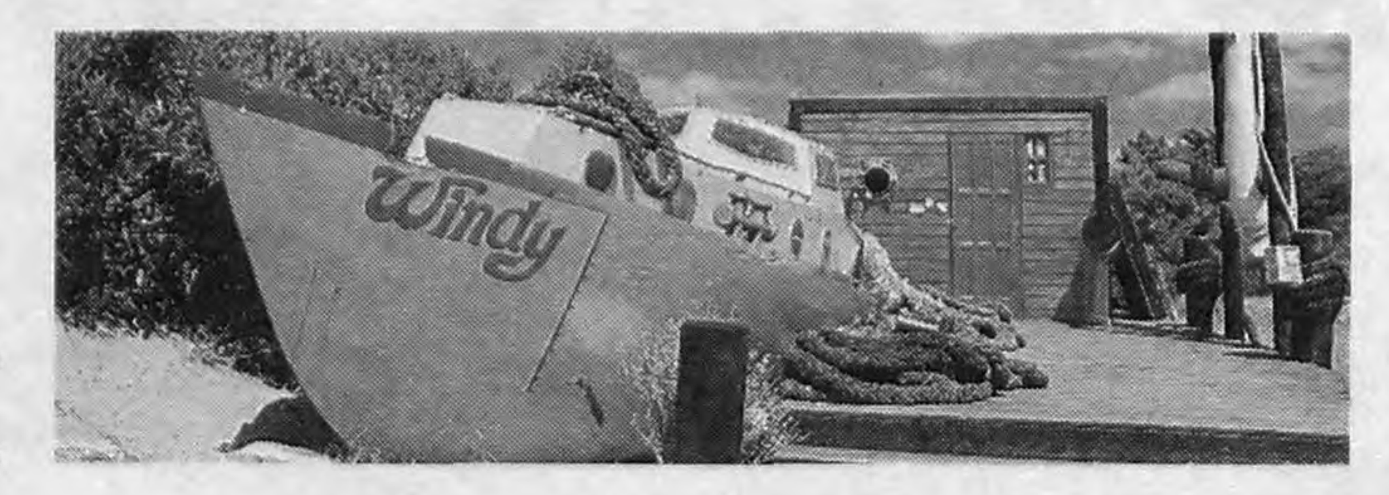
La nutrida programación de la Casa de la Cultura y sus dependencias comprende espectáculos infantiles y para adultos, cuyos valores oscilan entre los $ 2 y $ 3 para espectáculos infantiles, y $ 10 a $ 15 para adultos.
ESPECTACULOS INFANTILES
Lunes 19.30 hs. EL AMOR EN CINCO ACTOS Compañía Nocturna de Títeres.
Martes 19.30 hs. BOSQUE ALEGRE Grupo de Títeres Burbujas
Jueves 19.30 hs. EL TORO CON LUNARES Grupo de Títeres Burbujas
Sábados y Domingos 19.30 hs. MUNDO MARROKO Grupo Los Marrokos.
ESPECTACULOS PARA ADULTOS
Lunes 22.00 hs. "La risa es salud", Rudy Chernicoff.
Martes 22.00 hs. "ULF", Grupo de Teatro Municipal Caballo de Arena.
Miércoles 22.30 hs. "Baraj-Callau A Quemarropa", B. Baraj y M. Callau.
Jueves 22.00 hs. FRESA Y CHOCOLATE Espectáculo Cubano a cargo de Antonio Arroyo y Luis Mesa.
Sábados 22.00 hs. COMO SE RELLENA UN BIKINI SALVAJE con Ana Acosta
Domingos 22.00 hs. FRESA Y CHOCOLATE Espectáculo Cubano a cargo de Antonio Arroyo y Luis Mesa.
DOMINGO 6 . 22.00 hs. Recital IGNACIO COPANI . Localidades $ 10.
MIERCOLES 9 - 00.30 hs. Recital SERGIO DENIS.
MIERCOLES 16 . 22.30 hs. "Korol@gesell.com.ar" . A. Korol.
EXPOSICIONES
Salas A, B, y C. (Del 2 al 15 de febrero) X Bienal Internacional de Arte Infantil y Juvenil.

MUSEO Y ARCHIVO HISTORICO MUNICIPAL
Alameda 202 y Calle 301 - Pinar del Norte - Tel.: (02255) 46-8624

Horario de Verano. Todos los días de 10.30 a 12.30 hs. Y de 17.30 a 20.00 hs.
Visitas guiadas: 11.00 y 18.00 hs.

CHALET DE DON CARLOS
Alameda 201 e/ Calles 302 y 304 Pinar del Norte
Tel.: (02255) 45-0530.

El Centro Cultural "Chalet de Don Carlos" cuenta con una variada programación que incluye muestras de arte, exposiciones y charlas o seminarios que hacen al quehacer cultural local y regional.
Viernes 4 . 19.30 hs.
Inauguración de la muestra itinerante "Gran Premio Banco Provincia de Buenos Aires" - Pintura 1999.
Martes 8 . 19.30 hs.
Charla. "Juancho y Macedo, algo más que dos parajes con historia", por la técnica superior en Turismo Claudia Palavecino.
Jueves 10 . 19.30 hs. Charla. "El Faro Querandí, una historia de luces y sombras" por la técnica superior en Turismo María de los Angeles Loredo.
Jueves 17 . 19.30 hs. Charla. "Historias de naufragios en el Tuyú" por la licenciada Adriana Pisani.
Martes 22 . 19.30 hs. Charla. "El origen de las grandes colecciones de arte en la Argentina" por el licenciado Carlos M. Rodríguez.
Jueves 24 . 19.30 hs. Charla. "Pablo Neruda poeta del mar" por Mónica García (Guía del Museo)



ESPECTACULOS EN LA PLAZA 1ª JUNTA
Avenida 3 y Paseo 104

Recitales gratuitos a partir de las 21.00 hs.
ARTISTAS CALLEJEROS
EN LA PEATONAL
Avenida 3 e/ los Paseos 104 y 108 a partir de las 21.00 hs. Nanny Cogorno - Pasta - Los Ote! - El Chef - Pizzicatto - Teatro del Firulete - Mago Fernik - Enriqueta y Agapito - Barjot - Los hermanos se han unido - Los Tipitos - Carlos Guevara - Títeres Andando.
Feria Artesanal Regional y Artística de Villa Gesell: de 19.00 a 01.00 hs. Avenida 3 e/ Paseos 112 y 113.
Feria de Expresiones Manuales y Culturales Autóctonas de Villa Gesell: de 19.00 a 01.00 hs. Avenida 3 e/ Paseos 132 y 133
SABADO 5 de febrero

Predio de GESATEL
Paseo 113 y Av. 14

18.00 hs. Tercer Festival de Rock
CELESTE CARBALLO, MIGUEL BOTAFOGO, LOS TIPITOS y PURA SANGRE
Entrada libre y gratuita
SABADO 5 de febrero
Rambla Paseo 112 y Av. Costanera
22.00 hs.
Recital KAPANGA y CABALLEROS DE LA QUEMA Entrada libre y gratuita

ENCUENTROS CORALES DEL 2000
Anfiteatro del Pinar
- Paseo 102 y Avenida 10 -
Tel.: (02255) 46-7123

La Sociedad de Encuentros Corales ha organizado una nueva programación que dio comienzo el miércoles 5 de enero pasado. Como siempre, los conciertos se realizarán los días miércoles y sábados a partir de las 21.00 hs. con entrada libre y gratuita.
ENCUENTROS CORALES
ESPECTACULOS ESPECIALES
Como se vienen realizando desde 1991, la Sociedad de Encuentros Corales ha organizado espectáculos especiales que se desarrollarán algunos domingos de enero y febrero a partir de las 21.00 hs., siempre en el Anfiteatro del Pinar, entrada libre y gratuita.
6 de febrero. Cantoral
20 de febrero. Embajada Artística de Jazz Club de La Plata.

PUB CHEYENNE
Avenida Bs. As. y Camino de los Pioneros s/n
Tel.: (02255) 45-4024

Lunes - Miércoles - Viernes y Domingos 23.00 hs. TROUPE 2000 con "ESCANDALO... Rumbo al Tercer Milenio"
Espectáculo cómico - musical de transformismo para toda la familia.
Precio de entrada: $ 7. Reservas a partir de las 18.00 hs.
Martes y Jueves 23.30 hs. YANI "El Gitano" Espectáculo musical y de humor (Rumba y Flamenco) Precio de entrada: $ 5. Reservas a partir de las 18.00 hs.

PUB MOMENTOS
Avenida 3 e/ Paseos 105 y 106
Tel.: (02255) 46-2360

Todos los días 24.00 hs.
TRIO DOBLE CONSECUENCIA
No se cobra derecho de espectáculo

DOGOS
Avenida 2 y Paseo 104
Tel.: (02255) 46-8780

Todos los días 23.00 hs. Show con PATRICIO LARROCA - JORGE ESPOSITO
No se cobra derecho de espectáculo

MR GONE
Mar del Plata e/ 41 y 42 - Mar Azul
Tel.: (02255) 47-9579

Viernes. CELESTE CARBALLO
Jueves y Sábados. BOTAFOGO
A partir de las 24.00 hs.

BEL MOTEL
Alameda 206 y Calle 303
Tel.: (02255) 45-0918

Todos los días 22.00 hs. Cena show - SAXO Y PIANO (espectáculo sin cargo) - 24.00 hs. SALSA CUBANA TANGO Y HUMOR entrada $ 6.
Martes 23.00 hs. DEMOLIENDO TANGOS $ 6.

EL CORREDOR SALTEÑO
Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4
Tel.: (02255) 46-8240/39

Todos los días 23.00 hs. PEÑA Y ESPECTACULOS - Ballet de Salta.
No se cobra derecho de espectáculo.

BALNEARIO EL AGITE
Costanera y Paseo 112
Tel.: (02255) 46-8720

Del 2 al 13 de febrero (a confirmar) 21.30 hs. cena show con WILLY CROOK
Valor de la entrada $ 10 por persona

BALNEARIO BIKINI RANCH
Costanera y Paseo 109
Tel.: (02255) 46-7757

Todos los días 22.30 hs. SHOW ALEJANDRO FALCONE . Pasta y pizza libre. Lunes y martes 23.00 hs. BINGO MUSICAL

BALNEARIO CASTILLO DE ILUSIONES

Playa y Paseo 149
Tel.: (02255) 47-0600

Martes - Viernes y sábados 22.30 hs. JUAN CARLOS ESPINDOLA - Tangos Boleros - Salsa - Bailable
Miércoles 22.30 hs. Dúo de Guitarras - CARUSO - MARTEL - Tango - Flamenco - Jazz
Jueves 22.30 hs. Cuarteto de Cámara - DIVERTIMENTO BS. AS. - de Bach a Beatles. Derecho al espectáculo $ 3.
Domingos 18.30 y 22.30 hs. JUG-ARTE - Programa bailable. Derecho al espectáculo $ 2.

CAFETERIA SANTANA
Avenida 3 y Paseo 140 - Tel.: (02255) 47-4145

Jueves y sábados 23.00 hs. "A MI MANERA" Show Humorístico
Derecho de espectáculo: $ 3.

LAS CORTADERAS
Avenida Buenos Aires Nº 1520
Tel.: (02255) 45-8689

Domingos. 18.00 hs. VALENTINO Y PATAN $ 5. De jueves a domingos. 01.00 hs. CALIPSO SALSA CARIBEÑA $ 2.

HOTEL INTERSUR
Avenida Costanera y Paseo 111
Tel.: (02255) 46-2579/2685/3032

El hotel cuenta con una variada programación para todas las edades, con espectáculos musicales, folklóricos y humorísticos. Los espectáculos son a partir de las 23.00 hs., con entrada libre y gratuita.

LE PETIT CAFFE
Paseo 125 y Av. 3
Tel.: (02255) 46-6370

5 de febrero. Lalo López (Latino y cumbia)
Los espectáculos comienzan a las 22.30 hs., aproximadamente.

PUEBLO ESPAÑOL
Av. 3 entre Paseos 105 y 106

Todos los días a partir de las 22.00 hs. "UNO MAS UNO", show de música nacional, blues e internacional.

EL VIEJO HOBBIT
Av. 8 entre Paseos 111 y 112 Tel. (02255) 46-5851

Martes y jueves 21.30 hs.: Dúo de guitarra
Todos los viernes 21.30 hs.: Grupo INTI (derecho al show $ 2).

LA JIRAFA AZUL
Av. 3 entre Paseos 102 y 104

Sábado 5 de febrero a partir de las 24.00 hs.: Show de TANGO

LA FUNDACION
Ruta Acceso a Villa Gesell s/n - Tel.: (02255) 45-0555

Todos los viernes, sábados y domingos a las 22.00 hs.: Dúo de flauta y guitarra.
Todos los días a las 24.00 hs., Darío Serpi (saxo).

AGENDA DE ESPECTACULOS
TEMPORADA 2000

Sábado 5 de febrero 22.00 hs. - Esa Relación - Cine Teatro San Martín II - Paseo 105 y Avenida 3 - Tel.: (02255) 46-2372/6727
Lunes 7 de febrero 22.00 hs. - Carmen Flores - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Martes 8 de febrero 23.00 hs. - The Beats - Cine Teatro San Martín II - Paseo 105 y Avenida 3 - Tel.: (02255) 46-2372/6727
Martes 8 de febrero 22.00 hs. - Porteños - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Viernes 11 de febrero 23.00 hs. - Jairo - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Domingo 13 de febrero 22.00 hs. - Confesiones de Mujeres de 30 - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Lunes 14 de febrero 22.00 hs.- Rodrigo - El Potro - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Jueves 17 de febrero 20.00 hs. - Caramelito - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969
Sábado 19 de febrero 22.00 hs. - Esa Relación - Cine Teatro San Martín II - Paseo 105 y Avenida 3 - Tel.: (02255) 46-2372/6727
Viernes 25 de febrero 20.00 hs. - Caramelito - Cine Teatro Atlas - Paseo 108 e/ Avenidas 3 y 4 - Tel.: (02255) 46-2969

Valor de entradas: entre $ 10 y $ 25.